

PRÓLOGO
EL CARISMA DE ALLENDE
Alfredo Joignant¹

Las páginas que se leerán un poco más adelante constituyen un relato conmovedor, a menudo increíble: algo así como una narración de hechos y sucesos, azares y casualidades, en la que convergen en un solo día la vida y la muerte de miles de chilenos, pero también acciones y vacilaciones de un puñado de líderes civiles y militares. En medio de ese vendaval de episodios vertiginosos, se yergue la figura excepcional de Salvador Allende.

El último Presidente legítimamente electo bajo la Constitución de 1925 es retratado como el protagonista de una trama de la que siempre sospechó un trágico desenlace, desde su temprano anuncio que saldría muerto de La Moneda si no se respetaba la voluntad del pueblo, hasta su ratificación de no claudicar ante un acto de fuerza durante aquella mañana del 11 de septiembre de 1973.

Cada gesto del ex Jefe de Estado prefiguró, durante mil días, el ejercicio excepcional de su mandato presidencial, desde el jolgorio popular que acompañaba cada frase pronunciada ante una masa de chilenos, hasta el sugerente entusiasmo de un niño al momento de ser tocado por el Presidente ("mamá, ¡me tocó, me tocó!"), tal como lo relató el diario *Clarín* en algún momento del gobierno de la Unidad Popular. En cada gesto y palabra de Salvador Allende es

¹ Profesor Titular, Escuela de Ciencia Política UDP. Doctor en Ciencia Política, Universidad de París I Panthéon-Sorbonne. Su padre, estrecho colaborador de Salvador Allende, era director de la Policía de Investigaciones al momento del golpe, tras lo cual estuvo más de tres años en prisión. Poco después de ser liberado, la familia salió al exilio a Francia y solo pudo retornar a partir de 1989.

posible detectar ese poder de rauficario todo, parafraseando una bella imagen de Jonathan Franzen en su novela *Libertad*.

¿Cómo no detenerse en ese fascinante poder performativo de transformar las cosas con palabras, de provocar algarabía entre obreros y campesinos, y de emocionar hasta las lágrimas, como cuando le solicitó a aquel pueblo volver a sus casas y abrazar a sus niños en la triunfal noche del 4 de septiembre de 1970? Pues bien, ese poder performativo que podemos hoy reconocer como magnífico sería muy distinto si el 11 de septiembre no hubiesen convergido un hombre, un acontecimiento y un sentido de trascendencia histórica. No es sólo un asunto de heroísmo personal, el que naturalmente existió: es sobre todo una cierta conciencia de lo que se jugó durante mil días lo que se expresa en esta extraña palabra, "carisma", la que describe una fascinante asociación entre un individuo y una situación.

La prefiguración de este poder y trascendencia de Allende ya era posible intuirlo en las postrimerías del gobierno de Frei Montalva, con más claridad probablemente que en 1964. Mi padre, buen conocedor de Allende y verdadero libro abierto del periodo más convulsionado de la historia de Chile, contaba cómo este se enojaba cuando alguien llegaba a cuestionar su disposición a levantar una cuarta candidatura presidencial. Cierta vez, allá por 1969, cuando Allende era presidente de la Cámara Alta, luego de tres intentos fallidos por llegar a La Moneda, el futuro gobernante escuchaba atentamente una reflexión coloquial, en torno a quién podría ser el candidato de la izquierda para las elecciones de 1970. Con una sutil expresión de molestia, Allende golpeó la mesa y espetó, como reafirmando una predestinación: "No quiero ser Presidente ¡necesito ser Presidente!". Esta extraordinaria frase, en la que se afirman una voluntad de poder y un destino, puede fácilmente malinterpretarse como señal de una ambición desmedida, y no como un sentido de la trascendencia bañado en convicción. En cualquier caso, entre el dicho y el hecho hubo una elección, en la que Allende se impuso estrechamente ante sus dos contendores, Jorge Alessandri y Radomiro Tomic (ganó por lejos

entre los votantes hombres, y perdió categóricamente entre las mujeres). El resultado condujo a un dramático Congreso Pleno, el 4 de noviembre de 1970, en el que fue ratificado como Presidente de la República con un sonoro "¡viva Chile mierda!" del diputado socialista Mario Palestro. A partir de entonces se inició un verdadero experimento revolucionario, legitimado por las urnas, consagrado por ambas cámaras y sustentado en una generalizada voluntad de cambio social, de la cual fue también expresión la candidatura de Tomic.

Lo que vino luego es conocido por todos: mil días convulsionados de Historia (con mayúscula) y un epílogo que se concentra en una aciaga jornada de septiembre de 1973, una fecha en la que nuestras existencias cambiaron para siempre. En primer lugar, cambiaron las vidas de quienes fueron protagonistas directos durante esa jornada, que tan bien describe González Camus en las páginas que siguen: un cúmulo de acciones, dudas y omisiones de dirigentes de partidos de izquierda, centro y derecha, laicos y católicos, gobiernistas y opositores; en fin, *momios y upelientos*, para utilizar un lenguaje de la época. Pero también esa jornada marcó a fuego las vidas de los chilenos de ayer, de hoy y de mañana, de abuelos, padres y nietos, de generaciones pasadas, presentes y futuras. ¿Cómo no verlo? El 11 de septiembre aglomera en unas cuantas horas un acontecimiento total, que puso en suspenso biografías enteras, además de gatillar profundas transformaciones de la sociedad y nuevas formas de vivir juntos sin reconocernos como iguales. Horas en las que confluyeron el jolgorio y la tristeza, la comedia y la tragedia. Y en medio de todo la figura enorme de Salvador Allende.

¿Por qué es posible hablar del "carisma" de Allende? No por que el ciudadano Salvador Allende haya tenido dotes naturales de orador y líder, o porque como persona sobresaliera por sus convicciones. Tenía ambos atributos de sobra, sin duda. Pero eso no es lo más importante. Lo que constituye su grandeza y que dio origen a mitos y leyendas (partiendo por la manera de cómo habría muerto, para muchos asesinado y para algunos acribillado,

ALARMA

que es lo que se desprende de un fantástico testimonio relatado por Gabriel García Márquez pocos meses después del golpe², y que no es muy distinto de un supuesto complot criminal por parte de agentes cubanos, tal como es imaginado por un periodista francés³, es su actuación en un día crítico. Si bien el carisma de Allende se origina en el contexto experimental de una forma revolucionaria de socialismo por la vía legal, lo que lo nutre es su larga trayectoria política (con la imagen de su afamada "muñeca" y su elogiada capacidad negociadora), la profundidad del proceso de cambio que él impulsó, la dura reacción opositora y esa legítima timidez popular que lo rodeó y que es posible ver desplegada en algunos documentales. En tal sentido, el carisma de Allende tiene poco y nada que ver con sus atributos personales, puesto que se refiere sobre todo a un momento en el que converge la vida entera de un político (con todas sus contradicciones y aciertos), la naturaleza crítica de una fecha y un proceso revolucionario que inflamó la imaginación de muchos. Es esa fusión entre el hombre y una dramática jornada histórica, la que es narrada de modo vívido por González Camus.

A las 6.30 horas de la mañana del martes 11 de septiembre de 1973, el capitán de Carabineros José Muñoz despertó a causa de un llamado telefónico.

Un miembro del Grupo de Amigos Personales¹ de Allende, los GAP o guardia de seguridad, estaba al otro lado de la línea.

Lo llamaba desde la residencia del Presidente Salvador Allende. Le pidió que fuera inmediatamente hacia allí.

Muñoz se levantó. Vivía en un bungalow ubicado en Tomás Moro 108: exactamente al lado de la amplia casa particular del Mandatario. Era cosa de caminar unos pasos.

La vivienda de Muñoz estaba pintada de color blanco. Alguna vez la había querido ocupar Beatriz Allende, la *Tati*, hija favorita del Presidente.

Muñoz se dirigió a la casa del gobernante. Estaba a cargo de la sección de seguridad presidencial de Carabineros de Chile.

En la residencia, rodeada de muros altos y gruesos, que estaban para proteger vidas y secretos, había sobresalto. Muñoz escuchó los comentarios receñosos, agudamente nerviosos, al ingresar.

Se hablaba de un levantamiento de la Armada en Valparaíso. Los GAP estaban contentidos, excitados, como si alguien los estuviese amenazando por detrás de la cabeza con un garrote. Olían el peligro.

² Esta fantasía testimonial la narramos en Alfredo Joignant y Patricio Navia, *Ecos mundiales del golpe de Estado*, Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, en prensa.

³ Alain Ammar, *Cuba nostra, les secrets d'Etat de Fidel Castro*, Paris: Plon, 2005.